



Don Miguel, el cura octogenario que no piensa en la jubilación

► Con un pie en los 90, es párroco de Mezonzo desde hace más de cincuenta años. Cada domingo, este gallego se monta en su Citroën para officiar misa en las cuatro parroquias de las que se encarga

PATRICIA ABET



El padre Miguel tiene una historia. Verán. Nació un 18 de diciembre de 1932, domingo, recuerda mientras abre la puerta de madera de la casa en la que vive desde que se convirtió en cura de Mezonzo, hace ya medio siglo. Lo acompaña Rufo, un perro pachón y amable al que dedica todas sus atenciones. Los dos se acomodan frente a la estufa que calienta la humilde cocina de la vivienda en la que don Miguel ha pasado una vida dedicado al Señor que –asegura– lo ha tratado «muy bien». En su mano, un libro sobre la vida de Juan Pablo II. La niebla amenaza con no disiparse en la parroquia de Santa María de Mezonzo, en el Ayuntamiento coruñés de Vilasantar, y la temperatura es baja. Vestido de negro, don Miguel sonríe a la vida y se niega a hablar de jubilarse. Él es uno de los párrocos en activo con más años de toda Galicia.

Con un pie en los 90, cada domingo se monta en su Citroën para officiar misa en las cuatro parroquias de las que se encarga. Porque, dice, en cada revisión psicotécnica sigue sacando «sobresaliente». A media voz recuerda el inicio de la Guerra Civil y cómo su tío se despidió ya vestido de militar.

El nació en Mazaricos, en la Costa da Morte, y su vocación se la debe a su madre –su ‘mamaína’–, una mujer religiosa que guió sus pasos hacia el Seminario de Santiago cuando solo tenía doce años. «Ella vivió conmigo aquí hasta que murió, fue un impacto muy grande para mí», se emociona.

Ahora solo recibe la visita de una limpiadora que el Ayuntamiento le envía una hora a la semana para que le ayude en casa, aunque él se las apaña bien solo. «Lavo la ropa y cocino. Me alimento sobre todo de leche y pan, es la base, aunque me gustan las patatas fritas», confiesa con mirada infantil. «pero los mejores alimentos que entran aquí son para Rufo».

El perro asiste a la conversación sentado en un rincón del suelo, bajo una alfombra roída desde la que presenció cómo tres hombres entraban en la vivienda y le robaban a su dueño todo lo que tenía. «Me dijeron que eran peregrinos, pero de pronto me pidieron todo el dinero. Yo decidí no moverme porque no quería que me pegasen y les dije que lo que tenía lo llevaba encima. Se lo di y se fueron», explica don Miguel, que pese a que



Don Miguel, frente a Santa Maria de Mezonzo // MIGUEL MUÑOZ

denunció el caso nunca recuperó lo robado. ¿Y Rufo? «Él debió pensar lo mismo que yo y tampoco se movió», bromea.

Desde entonces se cuida un poco más de los extraños, pero sigue abriendo la puerta a todos los que se acercan a ver la iglesia románica con la que convive. Pocos pasos lo separan de la última edificación de un monasterio que se remonta al Reino suevo y que fue donado a Alfonso III en el año 870. Con un mimo extremo, abre la puerta del templo para presumir de iglesia. No es para menos. Reedificada en el siglo XII, todavía conserva las columnas de mármol de la época sueva y también algunos detalles en la fachada que pudieran corresponderse con la época prerrománica.

Día a día Siempre acompañado de su perro Rufo, el padre Miguel asegura que Dios lo ha tratado «muy bien». Aunque una asistente le ayuda con las tareas de la casa, él «lava la ropa y cocina»

A solas, cada día antes del amanecer, don Miguel cruza el umbral del templo y reza durante horas, agradecido por la belleza que lo inunda. El es «un hombre bueno», de los que ya no quedan.



LA ALBERCA

ALBERTO GARCÍA REYES

La maldición de Halloween

Este año llamarán a la puerta más fantasmas que nunca: la luz, la gasolina...

Nunca he entendido por qué una calabaza da susto. Me parece que da mucho más miedo Otoniel estampando su pulgar en la ficha policial con esa serenidad de asesino sonriente, al perro que tiene dinero se le llama ‘señor perro’, al que infunde terror hay que llamarle ‘señor don perro’. Todas las calabazas con telarañas del mundo unidas no valen lo que una mirada plácida del heredero de Escobar mientras arrastra descascos y herropeas. Incluso Otegi da más miedo que el bochorno importado de Halloween, la fiesta en la que la sangre impostora se acaba corriendo de la boca con el segundo trago de cubata. Pero tengo que reconocer que este año estoy achantado con los vampiros de plástico. Este juego yanqui de las fantasmagorias pueriles me tiene durmiendo con un ojo abierto desde hace unos días porque, aunque no soy nada supersticioso, siempre salgo de la cama con el pie derecho, nunca piso losetas rojas, jamás piso por debajo de una escalera, me aseguro si se me cae la sal, mato al que abra un paraguas dentro de casa si el reloj se me queda parado lo tiro por la ventana. Por si acaso, yo no creo en las brujerías, valgame Dios, menos aún en los caprichos del demonio, pero es que últimamente pasan cosas que suenan a trompeta del apocalipsis. Me tienen tiritando en un rincón los fantasmas del momento: la luz, la gasolina, el gas, la nueva variante del Covid, las estanterías vacías de los supermercados ingleses, el simulacro de apagón en Austria, la inflación... Que viene el coco.

Hasta ahora, lo que más miedo me había dado en mi vida había sido un libro de Gabriel Rojas que se me paró en un camino y un astroso con el que me sacó una jeringuilla en una calle sin farolas. Bueno, firmar una hipoteca también, pero ese es un miedo largo, no súbito. Halloween me ha parecido siempre una gilipollez. Menos disfraces de zombi y más limpiar la tumba de nuestro abuelo. Pero este año detecto una maldición clara en el ambiente y confieso que como me toquen el timbre en los primeros minutos de noviembre, abro la puerta con un hacha cagándome en los muertos del fin del mundo.